

El último cielo, la primera novela

Por Iliana Godoy

Jugando se aprende a vivir y se aprende a morir, sentencia un duende bronco en la novela de Irma Romero.

Porque se trata de vivir, de seguir el impulso que no cabe en el cuerpo y se desborda convulsivo como una carcajada, como un sollozo, como un insulto.

Pero en la vida, desde el primer momento, la diferencia entre ser hombre o mujer lo define todo.

Servir, llorar, parir, sostener emocionalmente a la familia es cosa de mujeres.

Pelear es cosa de hombres, como también defenderse, decir lo que uno piensa, mirar de frente a la vida.

Los machos mexicanos, nortños en este caso, no pueden expresar sentimientos sino con torpeza y cobrándose siempre la debilidad. Esa es su cárcel.

El cariño de un hermano puede expresarse en formas tan siniestras como en el capítulo de la gran "L", o confiándole a la hermana el rigor del Colegio Militar para pedirle que le mande unos cigarros, aun a costa de sus domingos, endureciendo así la ternura de una confidencia.

La protagonista Clementina no acepta ese papel pasivo que la sociedad sexista le impone; ella quiere jugar bromas como su hermano Samuel y regala galletas de lodo; pregunta a boca de jarro si su abuela amó a su hombre, y así sacando fuerzas de flaqueza se sobrepone al miedo del amor que es miedo de lo otro y de uno mismo.

Con su escaso desarrollo adolescente, nuestra heroína sabe que los poderes femeninos no están sólo en el cuerpo, sino que la fatalidad de ser mujer se impone hasta dejar turbado, sumiso y en silencio a un muchacho con la fuerza y las hormonas de un joven toro.

Y ese mundo de mujeres, con qué encanto se nos presenta en esta novela llena de sabores y colores irresistibles. Las vemos en las noches calurosas salir a la terraza a cocinar historias junto con el ate, dulce como el amor soñado, recordado, presentido. Las vemos fuertes, arreglando tumbas el dos de noviembre, cosiendo vestidos de pastorela, en fin llenando la vida de toda la familia.

Esa fuerza Clementina no la rechaza, lo que ella quiere es que ese poder brille, como brillan los diestros en las suertes charras; quiere estar como ellos en el terreno peligroso, donde cada paso cuenta; por eso va de noche a ver a Juan, a encontrarlo en su cuarto, casi desnudo, a confrontarlo con el valor de su entrega, hasta obligarlo a retirarse ante la intrépida niña que se acuesta en su cama y lo reta a poseerla aun sintiendo la muerte cerca de ella, porque ya sabemos que los valientes también tienen miedo, pero les gusta vencer.

El valor es difícil, sin embargo pensamos que será suficiente para salvaguardar nuestra dignidad; que de frente sabremos ganar y perder y le preguntaremos a la vida por qué ganamos y por qué perdimos, y la vida nos tendrá que responder, nos tendrá que dar la cara.

En la novela de Irma comprendemos que esto no es cierto; que una esmerada educación puede acabar detrás de un mostrador de botica en un barrio de vida nocturna; que nuestro gran amor puede ser indiferente al paso de los años, y nunca sabremos lo que sintió; porque después de la muerte todas las tumbas son iguales, y no podemos obligar a los otros a que vivan plenamente ni a que se mueran de veras.

Sucede que los álamos llenos de vida no pueden evitar verse plagados de zopilotes en algún último cielo de Chihuahua.